



Audición radial. Radio Nacional

# Homenaje a Arturo Marasso

Con motivo de la imposición del nombre de “Arturo Marasso” a la Biblioteca del Departamento de Humanidades



Bahía Blanca, 25 de junio de 1970.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Sin Derivadas.  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Información adicional en: <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/9>

Haber conocido a don Arturo Marasso fue un raro privilegio. Así lo concebíamos sus alumnos, sin entender mayormente esa clara y lúcida selva, ese soplo elemental de donde brotaban sus tan elaborados conocimientos. Pero una seguridad, un íntimo convencimiento nos decía que la existencia de un hombre como éste en el país era una seguridad, un algo estable que no podíamos claramente definir. Tenía justamente esa atracción que rodea al hombre solitario. Su vida estuvo signada por el silencio, la soledad y la tarea diaria, ese culto de los grandes espíritus que al crear una conciencia personal cada vez más honda, inspiran a los demás un deseo de autenticidad. Alrededor de su mesa de trabajo, de su lámpara encendida velaba el universo. Porque quien pasó y repasó amorosamente las hojas de estos preciosos libros que hoy exponemos lo hacía con la misma devoción con que un inteligente jardinero sabe delicadamente tocar los pétalos de sus flores, detenerse en las formas de las hojas de los árboles, inspeccionar las raíces, mirar los helechos sobre las piedras, o las relaciones de la inflorescencia con las constelaciones, y admirar como un discípulo ese bello y creador designio de todo lo creado. Así las obras de los hombres y la sagrada obra de la naturaleza se continúan en la cadena de la existencia y del destino. "Reverencio todo lo sagrado -me decía alguna vez- y cortar una ramita de un árbol es para mí como cortar una parte de mi cuerpo". En ese ser tan semejante a Goethe no sólo por la amplitud sino más bien por la unidad viva de su conocimiento era difícil llegar a ver claro. Al margen de su exquisita cortesía y de sus modales afables había siempre una instancia más honda, una mirada más lejana hacia la que se volvía su alma. "Venero la tradición religiosa de los Olímpicos - decía- de los dioses de Grecia. A ellos les debo mi vida y cuanto sé". Y también a ellos les pide protección en los momentos difíciles del destino adverso: "Sálvame, fiel estirpe, de una interior caída que aleje el largo término de una difícil busca..." dirá en sus Poemas de integración. Pero lejos de ser date un vago misticismo que todo lo confunde es el que surge de una claridad enceguedora, la misma que se emparenta con el designio que modeló ese prodigio de saber que fueron los desnudos de la estatuaria griega. Admirador de la teoría del hombre teórico y del científico que concibe, se acercaba como un entusiasta aficionado a las ciencias; pero tenía el bello escrúpulo de no querer dominar o imponer su opinión. Conocía las deficiencias profundas de un país en donde se improvisa con tanta facilidad sobre ciencias y humanidades. Por eso sabía respetar la ciencia y los verdaderos y raros científicos que nunca pueden dejar de ser verdaderos humanistas. Así sabía -como Simone Weil- que lo que el técnico

maneja como un simple instrumento desprovisto de historia había sido una revelación: el número, el cuadrado, el triángulo, que antes que nociones fueron relaciones filosóficas y religiosas, sin cuya implicancia se hacen meros instrumentos operativos despojados de toda reflexión. Su mesa compartía los clásicos griegos y latinos con libros de biología, astronomía, matemáticas. Sabía que existía una geometría moral que es la que hace al hombre, aún dentro de la más terrible peripecia histórica, ser amo de su destino. Y como tal, en momentos difíciles pare el país no cedió a los falsos halagos de la tiranía, sino que se retiró como Arquímedes a sus triángulos y a sus sabias especulaciones. Al morir Berta, su compañera, nos decía que la sombra de Eurípides, el poeta de la piedad humana, venía a acompañarlo. Quien haya conocido el poder de evocación y la profundidad de sus ideas, sabe que eso era cierto, que esas nobles presencias se acercaban a su mesa de trabajo. Porque en ella, como talismanes, vivían las algas, las hojas, las piedras pulidas y grabadas, los helechos, todo lo que diviniza esa materia y la hace participar del orden del espíritu.

El culto de los libros en Marasso fue no sólo orientado hacia su bella matemática íntima, sino hacia su papel, sus trazos, su tipografía, su iconografía. Su significación llegaba hasta el cuerpo y los transformaba en personas vivas. Aún eso preocupó a esos ojos agudísimos, a esas manos delicadas que enseñaron a seguir las intrincadas significaciones de los textos. Sabía que tal o cual color convenía a un poeta, tal o cual a un místico o a un pensador. Poseía el tacto de los grandes y refinados bibliófilos que reverencian también el significado de la letra. Y eso en él era instinto original, redescubrimiento del signo sagrado, el mismo del alga o de la piedra, y no agotamiento sensual de espíritu decadente.

Supo así llevar esa íntima y aristocrática evidencia del humanista al plano del rechazo y de la lucha. Nunca condescendió al mal o a la política que devoró las entrañas de nuestro país. Sin embargo, si entendemos que toda posición es comprometida, o mejor, nos referimos a la política en el sentido de Aristóteles o de Valéry, su política fue más honda y perdurable de lo que creen aquellos que vulgarmente consideren tiempo perdido las horas de estudio, de los que sólo echan sus raíces en la pequeña historia, y consideran fuera de la realidad a quienes siguen un designio interior más difícil, un verdadero destino fuera de lo rutinario y vulgar. Su política fue en los pocos momentos que dedicaba a sus salidas por el Jardín Botánico, por las librerías o las imprentas, la que provocaba que sólo habiéndolo visto una vez aún las gentes más humildes, un obrero, un tipógrafo, un jardinero, un portero a

quienes hablaba circunstancialmente de pájaros, de flores, de plantas, supiesen quién era Marasso, porque algo de su sagrado entusiasmo, de su silencioso y devoto entusiasmo se le había transmitido.

Pero, para nuestro privilegio, Marasso está profundamente vivo en sus libros. Aún podemos seguir el rastro de sus ojos en las notas, las interrogaciones, las distintas marcas que hablan de una profundísima lectura, de un íntimo diálogo con los Pitagóricos, con Homero, con Platón, con Dante, con Cervantes y los constructores de nuestro bello idioma. No podemos acercarnos a esas obras sin un sagrado estremecimiento. Porque quien las reverenció estaba poseído de esa profunda humildad del verdadero sacerdote de las Musas, de la paciencia del sabio, y por sobre todas las cosas, del asombro y del candor que son fuente de todo verdadero descubrimiento.

En nuestro diario encuentro de muchos días había un momento en que un forzado silencio se producía. En ese momento en que perdía pie su interlocutor comenzaba a vivir lo más hondo de su espíritu. Quería estar solo para oír el canto de las sirenas, para absorberse en la pasión de las ideas y de la poesía. Sus últimos años están marcados por ese mismo profundo ensimismamiento, por la urgencia de volver al lugar de trabajo, de estar solo para oír esas voces sagradas. Por eso aún lo imaginamos en mejores tierras indagando e inquiriendo, con la dicha del diálogo que Sócrates alababa en su Apología, en amable conversación con las presencias que tanto reverenció durante su vida.

A los vanos honores -y esto lo entenderán quizá más que nadie los alumnos con verdadera vocación- prefirió la pasión del descubrimiento, el silencio lleno de presencias del recogimiento deleitable. Porque alumno de las Musas, como Nestor, se detenía fielmente a escucharlas en la cigarra del mediodía o en las tórtolas de la tarde cuando Venus asoma incandescente.

La última etapa de su poesía está llena de esa íntima luz de lectura, pero no sólo de los textos. La forma de las ramas, el fluir de las aguas, la simetría de los insectos, los meandros de las raíces, toda esa multitud maravillosa, se une con sus verdaderos nombres al concierto de las palabras, despojadas ya de toda aspereza o alusión literaria. La transformación ha operado el milagro de una expresión límpida que incorpora en su voz la urdimbre profunda de un conocimiento universal.

Nuestro Instituto da su ilustre nombre a la biblioteca, que es como enseñar a las nuevas generaciones de estudiosos, cuánto fervor, cuánta dicha y también cuánto dolor vencido por el trabajo y cuánto descubridor silencio

fueron necesarios para construir este rumor de estudio que hoy preside nuestra contemplación meditativa.